

Libros

18

García Calvo,
a la contra

Filólogo, ensayista, traductor, poeta, insumiso: todo eso era Agustín García Calvo. Nos dejó el 1 de noviembre, pero su obra permanece. También su rebeldía, su ejemplo, su espíritu crítico

Si en duda García Calvo es uno de los «catedráticos míticos» que dejaron una huella imborrable en los debates del final del franquismo y del comienzo de la democracia española. Después de haber estado en los años 50 en la cátedra de Filología Clásica en Sevilla, desembarcó en 1964 en la Complutense y un año después fue puesto de patitas en la calle junto a Aranguren, Tierno Galván y Santiago Montero Díaz. El gramático zamorano afrontó el exilio parisino (llegando a impartir cursos en el prestigioso Collège de France) para reingresar en la universidad española en 1976.

Su obra filológica, ensayística y poética es inmensa. Abordó desde el indoeuropeo a lo que llamó el «español oficial contemporáneo» y compuso una teoría general del lenguaje que sintetizó en *Hablando de lo que habla* (1990), Premio Nacional de Ensayo. Como traductor realizó versiones rítmicas de Aristófanes, Lucrecio, Plauto, Sófocles o Virgilio, pero su gran obra es la que realizó a partir de los fragmentos de Heráclito que tituló *Razón común*.

Más de lo mismo

Al final de *Contra el tiempo*, García Calvo desmantela la de por sí endeble teoría del «fin de la Historia» de Fukuyama. Lo decisivo no es tanto hacer que la Historia vuelva a empezar, sino evitar el aburrimiento, que es la forma actual de la Historia.

Hombre combativo y rebelde en el sentido de Camus, dispuesto a bajar a la calle para dar la cara, anarquizante y peleón, no fue, en ningún sentido, acomodaticio, ni siquiera cuando el «entusiasmo» colectivo, tematizado a la manera kantiana, se apoderó del espacio público. Resulta significativa su posición con respecto al movimiento del 15-M, que estaría lastrado, en su opinión, por un posicionamiento cortamente «realista»; así, declaró que los indignados estaban siguiendo «dos mismos métodos y trucos que el régimen mismo

tiene normalmente en uso, con lo que las asambleas dejan de ser libres y sin número y se convierten en congresos y parlamentos de los que mandan». No tuvo ninguna reserva al exponer en la Puerta del Sol que daba la impresión de que se estaba proponiendo «más de lo mismo»; esto es, el proceso de dar voz al descontento estaba volviéndose puramente inercial, al entrar en juego el ritual de las votaciones y de los «proyectos».

Mezcla explosiva

De ninguna manera estaba dispuesto a ser, en el momento de la contestación pública cuando la llamada era a la insurrección, un defensor más de la lógica del número, de la conversión de la democracia en un aplastamiento de mayorías. Se sentía eufórico con la dimensión de incertidumbre y exceso que comportaba el movimiento antagonista, especialmente en los momentos iniciales, cuando «no se obedece aún plan previo».

García Calvo era una mezcla explosiva de académico, en el sentido más noble del término (vale decir, socavando sin pausa la Academia como ecosistema aberrante de pensamientos fósil), agitador social desafortunadamente eufórico (ajeno a la dinámica deprimente del nihilismo) y protopunk (especialmente cuando recordaba que el futuro no es otra cosa que la coartada permanente de la política del dinero que necesita solo aquellos cambios que permiten que siga dominando lo mismo), dispuesto siempre a decir lo que pensaba, sin pederantería ni oscurantismo.

Este pensador impar, seductor y riguroso, eruptivo y cordial, capaz de escribir el himno de la Comunidad de Madrid al precio simbólico de una peseta, no cejó en su impulso crítico. Su voz y su escritura inconfundibles tenían el ritmo de la insumisión, estaba a la contra: sabía decir «que no, que no» con razones comunes.

FERNANDO CASTRO FLÓREZ

CABEZA
DE PAJA

EL ESPANTAPÁJAROS

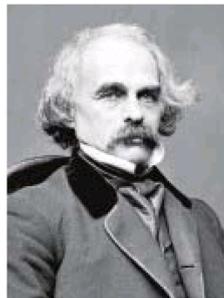
NATHANIEL HAWTHORNE

Traducción de
Juan Sebastián Cárdenas
Periférica, Cáceres, 2012
70 páginas, 11,50 euros

★★★★



Hawthorne (abajo) dio vida a Feathertop, el protagonista de «El espantapájaros» en 1852. Arriba, el cuento adaptado al cómic



modelo de buen gusto editorial. Este es un librito muy pequeño, 70 páginas de una caja no muy grande, el tamaño mínimo exigible (diríamos) para que un libro sea un libro. Un capricho. Un bombón. Un regalo.

En cuanto a Hawthorne, digamos que tuvo la buenisima suerte de nacer en un lugar y en un momento en que una gran literatura estaba creando a sus padres fundadores. Entra en la Historia como parte del Renacimiento americano, junto con Ralph Waldo Emerson, Thoreau, Walt Whitman y Melville, una impresionante serie de columnas, y ocupa el lugar, dentro de la apreciación moderna, de la columna rara, del autor problemático, lateral, misterioso; una fama que reside sobre todo en un puñado de cuentos y en la forma en que nosotros hemos decidido leerle: como una especie de Kafka, como un autor siniestro y absurdo.

Con trenza o sin ella

En su célebre ensayo sobre Hawthorne, Borges describe con justeza sus méritos y sus limitaciones, y explica además que Hawthorne no imagina realmente historias, sino situaciones. Así, sus relatos largos, por ejemplo la novela *La letra escarlata*, son realmente colecciones de situaciones unidas entre sí por una trenza narrativa. Un procedimiento que, sin duda, dará sus mejores resultados en los relatos breves, en los que dicha trenza puede eliminarse.

«El espantapájaros» es uno de sus relatos más famosos, cuya trama recuerda el mito de Pigmalión, que es el mismo que el de Frankenstein y el de Adán y el del Golem: la creación de un ser humano. El relato de cómo la bruja Rigby creó un espantapájaros para proteger sus campos y cómo luego decidió convertirle en un ser vivo e inteligente y de cómo el espantapájaros Feathertop (Damián Alou vertió este nombre, con mucho ingenio, como «Testapluma») llega a la ciudad e impresiona a todos por su elegancia y su prestancia nos trae a la memoria también otro texto sagrado, misterioso y secreto, *De la vida de las marionetas*, de Heinrich von Kleist. Hawthorne tiene algunos párrafos donde casi está a punto de duplicar los extraordinarios argumentos de Kleist: que solo un ser absolutamente mecánico puede lograr la absoluta perfección, la suprema elegancia.

ANDRÉS IBÁÑEZ

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1 877 980 4040 Intern: 800 6364 6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW